

G. K. Chesterton

El hombre que era
Jueves
(Una pesadilla)

Traducción de Alicia Bleiberg Muñiz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Who Was Thursday - Nightmare*
Traductora: Alicia Bleiberg Muñiz

Primera edición: 1987
Tercera edición: 2017
Primera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Retrato de Gilbert Keith Chesterton procedente de *The Wonderful Year 1909*.
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-709-4
Depósito legal: M. 4.161-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	1. Los dos poetas de Saffron Park
25	2. El secreto de Gabriel Syme
37	3. El hombre que era Jueves
52	4. La historia de un detective
66	5. El festín del miedo
78	6. Desenmascaramiento
90	7. La inexplicable conducta del profesor De Worms
102	8. Las explicaciones del profesor
119	9. El hombre de los anteojos
140	10. El duelo
162	11. Los criminales persiguen a la policía
174	12. La tierra, en anarquía
196	13. La persecución del presidente
212	14. Los seis filósofos
228	15. El acusador

A
EDMUND CLERIH EW BENTLEY

Una nube cubría la mente de los hombres
Y el tiempo corría gimiendo,
Sí, una nube enfermiza sobre el alma
Cuando fuimos muchachos juntos.
La ciencia anunciaba la nada
Y el arte admiraba la decadencia;
El mundo estaba viejo y acabado:
Pero tú y yo éramos alegres;
En torno a nosotros en orden retozón
Llegaban vicios tullidos:
Lujuria que había perdido su alegría,
Miedo que había perdido su vergüenza.
Como el rizo blanco de Whistler,
Que iluminó nuestra melancolía sin objetivo,
Los hombres mostraban su propia pluma blanca
Tan orgullosamente como un penacho.
La vida era una mosca que decaía
Y la muerte un abejón que picaba;
El mundo era realmente muy viejo
Cuando tú y yo éramos jóvenes.
Retorcían hasta el pecado decente
Dándole formas inmencionables:
Los hombres se avergonzaban del honor,
Pero nosotros no nos avergonzábamos.
Aunque débiles y simples,
En eso no caímos, en eso, no;
Cuando aquel negro Baal cubrió los cielos
No obtuvo himnos de nosotros.
Éramos niños: nuestros fuertes de arena
Eran incluso tan débiles como nosotros,
Los levantábamos cuanto podíamos
Para contener aquel amargo mar.
Simplones vestidos de payasos,
Tintineando absurdamente,
Cuando todas las campanas de las iglesias enmudecieron
Se oyeron nuestro gorro y nuestros cascabeles.
Defendimos el fuerte no sin alguna ayuda,

Desplegadas nuestras diminutas banderas;
Algunos gigantes trabajaron en esa nube
Para librar de ella al mundo.
Encuentro de nuevo el libro que encontramos,
Siento la hora que hace salir
Mucho más allá de la pisciforme Paumanok

El hombre que era Jueves

Un grito de cosas muy limpias;
Y el Clavel Verde se marchitó,
Como en el bosque los fuegos que pasan,
Rugieron al viento millones de briznas de hierba;
Como un pájaro que canta en la lluvia
Cuerto y dulce y repentino
La verdad habló desde Tusitala
Y el placer desde el dolor.
Sí, fresco y transparente y súbito como
Un pájaro que canta en el cielo gris,
Dunedin habló a Samoa,
Y la oscuridad se hizo día.
Pero nosotros éramos jóvenes; vivíamos para ver
Cómo Dios rompía sus amargos hechizos,
Cómo Dios y la bondadosa República
Regresaban cabalgando armados:
Hemos visto la Ciudad del Alma Humana,
Aunque tambaleándose, con el sitio levantado:
Bienaventurados son los que no vieron,
Pero, aunque ciegos, creyeron.

Ésta es la historia de aquellos viejos miedos,
Incluso de aquellos infiernos vaciados,
Y nadie salvo tú comprenderá
Lo que dice de verdad,
Qué colosales dioses de vergüenza
Podían acobardar a los hombres y sin embargo estrellarse,
Qué gigantescos demonios ocultaban los astros
Y sin embargo caían ante un disparo.
Las dudas que eran tan fáciles de apartar,
Tan terribles de resistir.
Oh, ¿quién podrá comprender salvo tú?
Sí, ¿quién comprenderá?
Las dudas que nos empujaban a través de la noche
Mientras charlábamos vehementemente.
Y amanecía en las calles
Antes de que amaneciera en los cerebros.
Entre nosotros, por la paz de Dios,
Ahora se puede contar esa verdad;
Sí, hay fuerza en echar raíces
Y bondad en hacerse viejo.
Hemos encontrado al fin cosas en común,
Y acuerdo y un credo,
Y ahora puedo escribir sin riesgos
Y tú, sin riesgos, puedes leer.

G. K. C.

1. Los dos poetas de Saffron Park

El barrio periférico de Saffron Park yacía en el lado de Londres por donde se pone el sol, tan rojo y rasgado como una nube al crepúsculo. Todo él era de un tipo de ladrillo de color vivo: su horizonte era fantástico e incluso su trazado era estrafalario. Había sido el fruto de un especulador inmobiliario, levemente poseído de veleidades artísticas, que unas veces llamaba a su arquitectura «estilo isabelino» y otras «Reina Ana», convencido, al parecer, de que ambas soberanas eran idénticas. El barrio era descrito con cierta justicia como una colonia artística, aunque nunca produjo ningún arte de forma definible. Pero aunque sus pretensiones de ser un centro intelectual eran un poco difusas, sus pretensiones de ser un lugar agradable eran indiscutibles. El visitante que contemplaba por primera vez las pintorescas casas rojas no podía evitar el pensar qué extraña forma debía tener la gente que podía encajar en ellas. Y, en ese sentido, tampoco le decepcionaba la

gente cuando la conocía. El lugar no sólo era agradable sino también perfecto, si uno era capaz de considerarlo no como un simulacro, sino más bien como un sueño. Incluso si los moradores no eran «artistas», el conjunto era, sin embargo, artístico. Ese joven con largo pelo castaño rojizo y rostro descarado no era realmente un poeta; pero, sin duda alguna, era un poema. Aquel anciano caballero con su barba blanca indomable y su indomable sombrero blanco, sí, ese venerable farsante no era realmente un filósofo, pero al menos daba ocasión de filosofar a otras personas. El caballero científico de cabeza calva en forma de huevo, con un descarnado cuello de pájaro, no tenía derecho en realidad al presuntuoso aire científico que asumía. No había descubierto nada nuevo en biología; pero ¿qué criatura biológica podría haber descubierto más original que él mismo? Ése y sólo ése era el modo adecuado de contemplar todo el lugar; debía ser considerado no tanto como un taller de artistas sino como una frágil aunque acabada obra de arte. El hombre que ponía el pie en su atmósfera social sentía como si hubiera entrado en una comedia escrita.

Esta atractiva irrealidad se hacía sentir de manera más especial hacia el crepúsculo, cuando los extravagantes tejados destacaban sobre la penumbra y el loco barrio entero parecía tan separado como una nube a la deriva. Esta sensación se acentuaba aún más en las muchas noches de fiesta local, cuando los jardincitos se iluminaban y los grandes faroles chinos brillaban entre los árboles enanos como una fruta feroz y monstruosa. Y aún se acentuó más una noche concreta, todavía vagamente en la memoria de la localidad, cuyo héroe había sido el poeta

de cabello castaño rojizo. No fue ésa la única noche en que había sido el héroe. Con mucha frecuencia los que pasaban junto a su pequeño jardín trasero podían oír su voz aguda y didáctica hablando ex cátedra a los hombres en general y a las mujeres en particular. La actitud de las mujeres en esos casos era realmente una de las paradojas del lugar. La mayoría de ellas pertenecían al tipo de mujeres vagamente llamadas emancipadas y manifestaban cierta protesta ante la supremacía del varón. Sin embargo, estas mujeres nuevas estaban siempre dispuestas a tener la extravagante deferencia hacia un hombre que ninguna mujer corriente tiene jamás, que es la de escucharlo mientras habla. Y el señor Lucian Gregory, el poeta pelirrojo, era realmente (en cierto sentido) un hombre al que merecía la pena escuchar, incluso si uno se reía al final de su discurso. Presentaba la vieja cantinela de la anarquía del arte y del arte de la anarquía con una cierta frescura descarada que proporcionaba al menos un placer momentáneo. En cierto grado, le ayudaba la llamativa extravagancia de su aspecto, que él cultivaba, como se suele decir, sacándole el máximo partido. Su oscuro pelo rojo, con raya al medio, era literalmente como el de una mujer y tenía los suaves bucles de una virgen de un cuadro prerrafaelita. Sin embargo, de ese óvalo casi santo surgía bruscamente el rostro ancho y brutal, de barbilla levantada con aire de desdén barriobajero. Esta combinación excitaba inmediatamente y aterrorizaba los nervios de una población neurótica. Parecía una blasfemia ambulante, una mezcla de ángel y de mono.

Esta noche concreta, aunque no se recordara por ninguna otra cosa, será recordada en ese lugar por la extraña

puesta de sol. Se diría que había llegado el fin del mundo. Todo el cielo parecía cubierto de un plumaje vívido y palpable; ese cielo sólo se podía describir como lleno de plumas y plumas que casi le rozaban a uno la cara. En la mayor parte de la bóveda celeste las plumas eran grises, con las más extrañas tonalidades de violeta, malva y un rosa artificial o un verde pálido; pero hacia el oeste, no había forma de describir el cielo, transparente y apasionado, y sus últimas plumas rojo fuego cubrían el sol de una manera increíble. El conjunto estaba tan cerca de la tierra que lo único que expresaba era un violento sigilo. El propio empíreo parecía un secreto. Expresaba esa espléndida pequeñez que es el alma del patriotismo local. El propio cielo parecía pequeño.

Digo que hay vecinos que quizá recuerden esa noche sólo por ese cielo opresivo. Hay otros que quizá la recuerden porque marcó la primera aparición en la localidad del segundo poeta de Saffron Park. Durante mucho tiempo el revolucionario pelirrojo había reinado sin rivales; esta soledad terminó bruscamente la noche de la puesta de sol. El nuevo poeta, que dijo llamarse Gabriel Syme, era un tipo de aspecto inofensivo, de barba rubia y puntiaguda y pelo amarillento. Pero uno tenía la impresión de que era menos bondadoso de lo que parecía. Señaló su entrada en escena discrepando del poeta establecido, Gregory, acerca de la naturaleza toda de la poesía. Dijo que él, Syme, era un poeta de la ley, un poeta del orden; es más, dijo que era un poeta de la respetabilidad. Así que todos los habitantes de Saffron Park lo miraron como si acabara de caer de ese cielo increíble.

De hecho Lucian Gregory, el poeta anarquista, relacionó los dos acontecimientos.

–Bien puede ocurrir –dijo, con el súbito aire lírico que le era propio–, bien puede ocurrir que en una noche como ésta, de nubes y crueles colores, surja sobre la tierra un portento tal como un poeta respetable. Usted dice ser un poeta de la ley; yo digo que es usted una contradicción de términos. Me extraña que esta noche no haya habido cometas y terremotos anunciando su aparición en este jardín.

El hombre de bondadosos ojos azules y pálida barba puntiaguda aguantó la tormenta con una cierta solemnidad sumisa. El tercer miembro del grupo, Rosamond, hermana de Gregory, cuyas trenzas, aunque del mismo tono rojizo del pelo de su hermano, enmarcaban una cara más amable, se rio con la mezcla de admiración y desaprobación con la que generalmente se manifestaba ante el oráculo de la familia.

Gregory prosiguió con alta oratoria bienhumorada.

–Un artista es idéntico a un anarquista –exclamó–. Podría intercambiar uno los términos. Un anarquista es un artista. El hombre que lanza una bomba es un artista, porque prefiere un gran momento a todo lo demás. Entiende cuánto más valioso es un estallido de luz cegadora, un repiqueteo de truenos perfectos que los simples y vulgares cuerpos de unos pocos policías informes. Un artista desprecia todos los gobiernos, elimina todas las convenciones. El poeta se deleita sólo en el desorden. Si no fuera así, la cosa más poética del mundo sería el ferrocarril metropolitano.

–Y lo es –dijo el señor Syme.

—¡Tonterías! —dijo Gregory, que era muy racional cuando otros jugaban a las paradojas—. ¿Por qué todos los empleados y obreros que viajan en el Metro tienen ese aire tan triste y cansado, tan profundamente triste y cansado? Se lo voy a decir. Es porque saben que el tren funciona. Es porque saben que sea el que sea el punto de destino para el que sacaron su billete, lo alcanzarán. Es porque tras haber pasado Sloane Square saben que la siguiente estación sólo puede ser Victoria y nada más que Victoria. ¡Oh, qué loco entusiasmo sienten! ¡Oh, cómo les brillarían los ojos, cómo se sentirían de nuevo en el Paraíso si la siguiente estación fuera inesperadamente Baker Street!

—Es usted el que no es poético —replicó el poeta Syme—. Si lo que dice usted de los empleados es cierto, sólo pueden ser tan prosaicos como la poesía de usted. Lo raro, lo extraño es dar en el clavo; lo vulgar, lo obvio es fallar. Sentimos que ha sucedido algo épico cuando una flecha al azar alcanza un pájaro. ¿No es también épico el que un hombre con una máquina azarosa alcance una estación distante? El caos es aburrido; porque en el caos el tren puede, en efecto, ir a cualquier parte, a Baker Street o a Bagdad. Pero el hombre es un mago y toda su magia está en esto, en que dice Victoria y, ¡ah!, llega a Victoria. No, quédese con sus libros de mera poesía y prosa y déjeme leer un horario de trenes, con lágrimas de admiración. Quédese con su Byron, que conmemora las derrotas de los hombres; deme un horario de trenes de Bradshaw, que conmemora sus victorias. ¡Deme un Bradshaw, le digo!

—¿Tiene usted que irse ya? —preguntó Gregory sarcásticamente.

–Insisto –prosiguió Syme con pasión– en que cada vez que llega un tren tengo la sensación de que ha atravesado baterías de sitiadores y que el hombre ha vencido una batalla contra el caos. Dice usted desdeñosamente que cuando uno ha salido de Sloane Square debe uno llegar a Victoria. Yo digo que uno podría hacer en cambio mil cosas y que cada vez que llego de verdad allí, tengo la sensación de haberme librado por un pelo. Y cuando oigo gritar al empleado del Metro la palabra «Victoria», no se trata de una palabra vacía de significado. Para mí es el grito de un heraldo que anuncia una conquista. Es, en verdad, «Victoria»; es la victoria de Adán.

Gregory movió su pesada y rojiza cabeza, esbozando una sonrisa lenta y triste.

–E incluso entonces –dijo–, nosotros, los poetas, preguntamos siempre: ¿y qué es Victoria una vez que se ha llegado ahí? Usted cree que Victoria es como la Nueva Jerusalén. Nosotros sabemos que la Nueva Jerusalén será sólo como Victoria. Sí, el poeta estará descontento incluso en las calles del cielo. El poeta es siempre un sublevado.

–Insisto –dijo Syme, irritado–, ¿qué hay de poético en ser un sublevado? Igual podría usted decir que es poético marearse. Marearse es una sublevación. Tanto estar mareado como ser rebelde pueden ser lo saludable en ciertas ocasiones desesperadas: pero que me cuelguen si entiendo por qué son poéticas. La sublevación en abstracto es repugnante. Es un mero vómito.

La joven hizo un súbito gesto de malestar ante la desagradable palabra, pero Syme estaba demasiado acalorado para prestarle atención.

—¡Lo poético es que las cosas funcionan! —exclamó—. Nuestras digestiones, por ejemplo, funcionando bien sagrada y silenciosamente, ésa es la base de toda la poesía. Sí, la cosa más poética, más poética que las flores, más poética que las estrellas, la cosa más poética del mundo es no estar enfermo.

—La verdad —dijo Gregory con aire altanero—, vaya ejemplo que elige usted...

—Perdóneme —dijo Syme severamente—, creí que habíamos abolido todos los convencionalismos.

Por primera vez apareció una mancha roja en la frente de Gregory.

—¿No pretenderá usted —dijo— que yo revolucione la sociedad en este jardín?

Syme lo miró directamente a los ojos y sonrió con dulzura.

—No, no lo pretendo —dijo—; pero supongo que si usted se tomara en serio su anarquismo, eso es exactamente lo que haría.

Los grandes ojos de toro de Gregory parpadearon de repente como los de un león enfadado y se podía casi imaginar que se erizaba su melena roja.

—¿No cree usted, entonces, que yo me tomo en serio mi anarquismo? —dijo con voz amenazadora.

—¿Cómo dice? —preguntó Syme.

—¿No me tomo en serio mi anarquismo? —gritó Gregory, apretando los puños.

—¡Mí querido amigo! —dijo Syme y se alejó tan tranquilo.

Con sorpresa, pero con un curioso placer, encontró que Rosamond Gregory seguía a su lado.

–Señor Syme –dijo–, ¿la gente que habla como usted y mi hermano quieren decir a menudo lo que dicen? ¿Quiere usted decir en realidad lo que dice ahora?

Syme sonrió.

–¿Y usted? –preguntó.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntó la joven con mirada grave.

–Mi querida señorita Gregory –dijo Syme suavemente–, hay muchas clases de sinceridad. Cuando usted dice «gracias» si le pasan el salero, ¿quiere usted decir lo que dice? No. Cuando usted dice «la Tierra es redonda», ¿quiere usted decir lo que dice? No. Es una afirmación verdadera, pero automática. Ahora bien, a veces un hombre como su hermano encuentra de verdad una cosa que sí tiene un significado para él. Puede ser sólo una media verdad, un décimo de verdad; pero en esos momentos dice más de lo que quiere decir, por la propia fuerza de querer decirlo.

Los ojos de ella, bajo sus rectas cejas, lo miraban; su cara era grave y transparente y aparecía en ella la sombra de una responsabilidad irracional que existe en lo más profundo de la mujer más frívola, la vigilancia maternal, que es tan vieja como el mundo.

–Entonces, ¿es un anarquista de verdad? –preguntó.

–Sólo en el sentido al que me refiero –replicó Syme–, o, si lo prefiere usted, en ese «sin sentido».

La joven enarcó las cejas y dijo bruscamente:

–Él no usaría realmente... bombas ni cosas así, ¿verdad?

Syme lanzó una gran carcajada que parecía demasiado grande para su constitución ligera y que tenía algo de petimetre.

—¡No, por Dios! —dijo—. Eso hay que hacerlo anónimamente.

Ante estas palabras, la joven sonrió de placer y se tranquilizó ante lo absurdo de Gregory, que estaba a salvo.

Syme caminó lentamente con ella hasta un banco en un rincón del jardín y siguió exponiendo sin cesar sus opiniones. Porque era un hombre sincero y, a pesar de su aparente superficialidad y su donaire, era en el fondo un hombre humilde. Y siempre es el humilde el que habla demasiado; el hombre orgulloso está demasiado sobre sí. Syme defendía la respetabilidad con violencia y exageración. Hizo una alabanza apasionada del orden y la propiedad. Todo olía a lilas a su alrededor mientras hablaba. Una vez oyó muy tenuemente un organillo que empezaba a sonar en alguna calle lejana y le pareció que sus palabras heroicas se movían al compás de una melodía diminuta que venía de más abajo o más allá del mundo.

Habló a la joven durante lo que le parecieron unos pocos minutos, contemplando su rojo cabello y su cara divertida; y entonces, considerando que en un lugar como ése deberían mezclarse los grupos, se puso en pie. Para su sorpresa, descubrió que el jardín estaba vacío. Todo el mundo se había ido hacía rato y entonces se marchó con una apresurada disculpa. Se fue con una sensación de haber bebido champán que no logró explicarse después. En los locos acontecimientos que habían de suceder, esta joven no participó en absoluto; Syme no la volvió a ver hasta que toda su historia hubo terminado. Y sin embargo, de una manera indescriptible, su imagen se le aparecía una y otra vez como un tema musical a través de todas las locas aventuras posteriores, y su extraño y esplendoroso

cabello corría como un hilo rojo por los tapices oscuros y mal tejidos de la noche. Porque lo que ocurrió después era tan improbable que bien podría haber sido un sueño.

Cuando Syme salió a la calle iluminada por las estrellas, la encontró momentáneamente desierta. Después se dio cuenta (de algún modo extraño) de que el silencio era más un silencio vivo que un silencio muerto. Directamente ante la puerta había un farol, cuyo resplandor doraba las hojas de un árbol que sobresalían por encima de la valla que estaba tras él. Muy cerca del farol había una silueta casi tan rígida e inmóvil como el propio farol. El sombrero de copa y la larga levita eran negros; la cara, en la repentina sombra, parecía casi negra también. Sólo una franja de pelo llameante contra la luz y también algo agresivo en la actitud proclamaban que se trataba del poeta Gregory. Tenía algo del bravucón enmascarado que espera, espada en mano, a su enemigo.

Hizo una especie de doble saludo, que Syme le devolvió algo más ceremoniosamente.

—Le estaba esperando —dijo Gregory—. ¿Podría conversar un momento con usted?

—Naturalmente. ¿Sobre qué? —preguntó Syme con cierta débil sorpresa.

Gregory golpeó con su bastón el farol y luego el árbol.

—Sobre *esto y esto* —exclamó—, sobre el orden y la anarquía. Ahí está su precioso orden, ese delgado farol de hierro, feo y desnudo; y aquí está la anarquía, espléndida, viva, reproduciéndose a sí misma; aquí está la anarquía, exuberante en verde y oro.

—De todos modos —replicó Syme pacientemente—, en estos momentos usted puede ver el árbol sólo gracias a la

luz del farol. Me pregunto cuánto podría ver usted el farol a la luz del árbol.

Y, tras una pausa, añadió:

–Pero ¿puedo preguntarle si ha estado usted aquí en pie en la oscuridad sólo para reanudar nuestra pequeña discusión?

–¡No! –gritó Gregory, con una voz que retumbó calle abajo–. No he esperado aquí para reanudar nuestra discusión sino para terminarla para siempre.

Se hizo de nuevo el silencio y Syme, aunque no entendía nada, esperaba instintivamente algo serio. Gregory empezó a hablar con voz suave y con una sonrisa bastante sorprendente.

–Señor Syme –dijo–, esta noche usted ha logrado hacer algo bastante notable. Me ha hecho algo que ningún hombre nacido de mujer ha logrado hacer antes nunca.

–¡Caramba!

–Recuerdo ahora –prosiguió Gregory con tono mediatando– a otra persona que también lo logró. El capitán de un vaporcito (si mi recuerdo es correcto) en Southend. Me ha irritado usted.

–Lo lamento mucho –replicó gravemente Syme.

–Me temo que mi furia y su insulto son demasiado grandes como para ser borrados con una simple disculpa –dijo Gregory con gran calma–. Ningún duelo podría borrarlos. Si lo mato a usted, no podría borrarlos. Sólo hay una forma de borrar ese insulto y ésa es la forma que elijo. Voy a *demostrarle* a usted, con el posible sacrificio de mi vida y de mi honor, que estaba usted equivocado en lo que dijo.

–¿En lo que dije?

–Usted dijo que yo no me tomaba en serio lo de ser un anarquista.

–Hay grados de seriedad –replicó Syme–. Yo nunca he dudado de que usted era completamente sincero en el sentido de que usted creía que lo que decía merecía la pena decirse, que usted creía que una paradoja podría despertar a los hombres y hacerles reconocer una verdad descuidada.

Gregory lo miró fija y doloridamente.

–¿Y no me encuentra usted serio en ningún otro sentido? –preguntó–. Me cree usted un *flâneur* que deja caer verdades ocasionales. Usted no cree que en un sentido más profundo, más absoluto, yo sea serio.

Syme golpeó violentamente su bastón contra las piedras del pavimento.

–¡Serio! –exclamó–. ¡Dios mío! ¿Es seria esta calle? ¿Son estos malditos farolillos chinos serios? ¿Es todo esto serio? Viene uno aquí y habla de un montón de necedades y quizá de algo sensato también, pero tendría yo muy pobre opinión de un hombre que no guardara algo más serio en la recámara de su vida que todas estas charlas; algo más serio, ya sea la religión o solamente la bebida.

–Muy bien –dijo Gregory con rostro sombrío–. Verá usted algo más serio que la bebida o la religión.

Syme esperó con su habitual aire inofensivo hasta que Gregory habló de nuevo.

–Acaba usted de hablar de tener creencias religiosas. ¿Es cierto que las tiene?

–Oh –dijo Syme con una amplia sonrisa–. Ahora todos somos católicos.

—Entonces, ¿puedo pedirle que jure por los dioses o santos de su religión, sean los que sean, que *no* revelará usted lo que le voy a decir a nadie en el mundo y especialmente a la policía? ¡Lo jurará usted! Si hace usted este terrible gesto de abnegación, si consiente en cargar su alma con una promesa que no debería usted hacer nunca y con un conocimiento como usted no podría soñar, yo le prometo a mi vez...

—¿Qué me promete usted a su vez? —preguntó Syme, al hacer el otro una pausa.

—Le prometo una noche muy entretenida.

Syme se quitó de repente el sombrero.

—Su oferta es demasiado idiota para ser rechazada. Dice usted que un poeta es siempre un anarquista. No estoy de acuerdo; pero tengo la esperanza de que sea siempre, al menos, un caballero. Permítame aquí y ahora que jure como cristiano y prometa como buen camarada y colega que no revelaré nada de esto, sea lo que sea, a la policía. Y ahora, en nombre de Colney Hatch, ¿de qué se trata?

—Creo —dijo Gregory, con plácida incongruencia— que tomaremos un coche.

Dio dos largos silbidos y apareció un coche traqueteando calle abajo. Los dos hombres subieron a él en silencio. Gregory dio a través de la mirilla las señas de una taberna poco conocida junto al río, en la zona de Chiswick. El coche arrancó de nuevo y en él estos dos fantásticos personajes abandonaron su fantástica ciudad.

2. El secreto de Gabriel Syme

El coche se detuvo ante una cervecería especialmente sórdida y sucia, en la cual Gregory introdujo rápidamente a su compañero. Se sentaron en una especie de salón bar opresivo y sombrío, a una mesa de madera llena de manchas, con una pata central también de madera. La habitación era tan pequeña y oscura que apenas se podía distinguir al camarero que acudió, fuera de una impresión difusa y oscura de algo voluminoso y barbudo.

–¿Quiere usted cenar algo? –preguntó Gregory cortésmente–. El *pâté de foie gras* no es bueno aquí, pero le puedo recomendar el venado.

Syme aceptó impasible esta observación imaginándose que era una broma. Y aceptando la vena humorística dijo, con educada indiferencia:

–Tráigame langosta con mayonesa.

Y ante su indescriptible asombro, el hombre se limitó a decir: